

# La Guerra de Irán y su Impacto en las PYMES de Japón

Dr. Ritter Diaz  
Consultor Internacional  
26 de abril de 2026

Tras dos meses de disrupción vinculada a la Guerra de Irán y al bloqueo efectivo del Estrecho de Ormuz, Japón se encuentra en una fase de tensión económica controlada más que en una crisis inmediata. No hay escasez visible, ni racionamiento de emergencia, ni una interrupción abrupta de la actividad industrial. En la superficie, la estabilidad se ha preservado. Sin embargo, bajo esta aparente calma, se está desarrollando un ajuste económico gradual pero persistente—uno que se siente cada vez más en las pequeñas y medianas empresas (PYMES) y en las cadenas de suministro domésticas que sostienen la base industrial de Japón.

Este resultado no es accidental; refleja una decisión política deliberada. El gobierno japonés, bajo el liderazgo de la Primera Ministra Sanae Takaichi, ha optado por priorizar la continuidad económica por encima de la austeridad energética. A diferencia de crisis anteriores, no ha habido llamados al ahorro de combustible, ni restricciones en el uso de electricidad, ni medidas destinadas a suprimir la demanda. En su lugar, la estrategia se ha basado en apoyos fiscales como subsidios al combustible, gas y electricidad, amplias reservas energéticas y una rápida diversificación de las fuentes de suministro. Las importaciones de petróleo han sido parcialmente redirigidas fuera de las rutas del Estrecho de Ormuz, mientras que la capacidad de refinación doméstica continúa operando a plena escala.

Este enfoque ha logrado su objetivo inmediato: evitar disrupciones y mantener la confianza de los mercados. Japón se comporta como una economía con amplios colchones de seguridad, capaz de absorber choques en lugar de reaccionar mediante controles de emergencia. Para los líderes empresariales, esto ha significado continuidad operativa y la ausencia de restricciones impuestas por políticas gubernamentales, tal y como ha ocurrido en otros países de Asia.

Sin embargo, esta estabilidad tiene un costo. Al optar por no reducir la demanda, Japón está permitiendo que el choque externo fluya a través de la economía. Los precios de la energía se mantienen elevados a nivel global, y la depreciación del yen—alrededor de ¥160 por dólar—ha amplificado el costo de las importaciones. El resultado es una forma de “inflación silenciosa”: no hay una crisis visible, pero los costos aumentan de manera constante en energía, materias primas y logística.

Para las PYMES, esta dinámica resulta particularmente desafiante. La mayoría opera en el mercado doméstico y carece del poder de fijación de precios necesario para trasladar completamente el aumento de costos a sus clientes. Mientras que las empresas orientadas a la exportación pueden beneficiarse de un yen débil, las PYMES enfrentan una doble presión: mayores costos de insumos y un crecimiento limitado de los ingresos. Al mismo tiempo, las condiciones de la demanda comienzan a debilitarse. Las grandes corporaciones se muestran más cautelosas, retrasando inversiones e implementando estrictos procesos de compras, mientras que los consumidores ajustan su comportamiento ante el aumento del costo de vida, reduciendo el gasto discrecional.

La consecuencia es una compresión gradual de los márgenes en el sector de las PYMES. Las empresas de logística y transporte experimentan incrementos directos en los costos de combustible. Las manufactureras enfrentan insumos más caros y cronogramas de producción menos previsibles. Los comercios minoristas y los proveedores de servicios deben operar en un entorno de demanda debilitada mientras sus costos continúan en aumento. Estas presiones aún no son lo suficientemente severas como para provocar una disrupción generalizada, pero se están acumulando de forma constante.

Desde el punto de vista financiero, la situación se vuelve más delicada. Las PYMES dependen de un flujo de caja estable, y perturbaciones incluso moderadas como pagos más lentos, reducción de pedidos o mayores necesidades de capital de trabajo pueden generar tensiones de liquidez. Aunque el acceso al financiamiento sigue disponible, es desigual, y no todas las empresas podrán depender de él indefinidamente si estas condiciones persisten.

De cara al futuro, los próximos 60 a 120 días serán críticos. Si la disrupción en el Estrecho de Ormuz continúa, es probable que la competencia global por fuentes alternativas de petróleo se intensifique, manteniendo elevados los precios. Al mismo tiempo, la debilidad persistente del yen continuará amplificando aún más los costos de importación. Bajo estas condiciones, lo que actualmente es una situación manejable podría transformarse en una presión más estructural, especialmente para las PYMES más vulnerables.

Lo que hace distintiva esta situación es que no está definida por un solo shock, sino por la interacción de múltiples factores: una disrupción energética externa, la depreciación de la moneda y la transmisión gradual de la inflación en toda la economía doméstica. Japón ha optado por absorber estas presiones en lugar de mitigarlas mediante medidas de austeridad. Esto preserva el crecimiento en el corto plazo, pero también transfiere una parte significativa de la carga al sector corporativo.

Para los líderes empresariales, el principal desafío será navegar un período prolongado de ajuste—manteniendo disciplina en costos, fortaleciendo la resiliencia de la cadena de suministro, gestionando la liquidez y aplicando estrategias de precios cuidadosas. Igualmente importante será preservar relaciones sólidas con clientes y proveedores en un entorno en el que ambas partes enfrentan presiones.

Para las PYMES de Japón, el desafío no radica en un shock repentino, sino en una presión gradual y sostenida sobre los costos y los márgenes. En consecuencia, deberán adaptarse de forma continua, en un entorno donde la estabilidad ya no puede darse por garantizada.